

EL PENSAMIENTO ESPAÑOL.

Vobis etiam merito accepta referimus, qui tam strenue religionis, et
justitiae partes tuendas suscepistis....

DIARIO CATÓLICO, APOSTÓLICO, ROMANO.

Denique, cujus causam agitis, rogamus ut vos in proposito confirmet.—
Pío IX, al director y redactores de EL PENSAMIENTO ESPAÑOL.

PRECIOS DE SUSCRICION.—En Madrid 12 rs. al mes.—En Provincias 17 rs. al mes, y 50 por trimestre en casa de los comisionados, y 15 rs. al mes y 42 el trimestre en la administración.—En el extranjero: 70 En Ultramar: 90 rea-rs. trimestre.—
los trimestres.—La administración no responde de los sellos que se le remitan en carta sin certificar.

PUNTOS DE SUSCRICION.—Madrid: En la administración, calle de Pelayo, números 38 y 40, cuarto principal de la derecha.—
Provincias: En los puntos que se anuncian el último día de cada mes.—Paris: Agencia franco-española de D. C. A. Saavedra, 55, rue Taubert.—Manila: D. Francisco Zudaire, Presbítero.—No se devuelve ningún manuscrito.

CORTES CONSTITUYENTES.

PRESIDENCIA DEL SR. D. NICOLÁS MARIA RIVERO.
Extracto oficial de la sesión celebrada el día 15 de
Junio de 1869.

Abierta a la una y media y leída el acta de la
anterior por el señor secretario Llano y Persi fué
aprobada.

ORDEN DEL DIA.

El señor PRESIDENTE: Continúa el debate
pendiente sobre el dictamen relativo al proyecto de
ley de regencia.

El Sr. CASTELLAR tiene la palabra para rectificar.
El Sr. CASTELLAR: Como quiera que ha de con-
tinuar el debate, yo rogaria al señor presidente
me reservara el uso de la palabra para despues,
porque acaso tenga que rectificar algo de lo que
más adelante se diga.

El señor PRESIDENTE: El Sr. Olózaga tiene la
palabra, como de la comisión.

El Sr. OLOZAGA (D. Saturnio): Ha sucedido lo
contrario de lo que yo deseaba. Siempre he prefe-
rido contestar en el acto a los que me han impug-
nado. Ayer podría haber dicho algo que merecie-
ra oírse, porque el calor de la improvisación cuan-
do se contesta inmediatamente da a veces cierta
elocuencia; pero hoy tendré que ser poco y desabi-
do lo que diga a las Cortes.

El primero que usó de la palabra en contra fué
el Sr. Navarro, a quien oí con gusto, y en quien
veo una de las esperanzas de la nación española,
pero que siento diera el mal ejemplo, que despues
ha sido seguido por otros, de ocuparse menos del
proyecto de regencia, que de tratar intempestiva-
mente la cuestión de los candidatos al trono.

Yo no puedo decir nada que sepa con carácter
oficial; pero como particular puedo asegurar al se-
ñor Navarro y Rodrigo que ha incurrido en una
equivocación, nacida sin duda alguna de un senti-
miento patriótico; pues lejos de haber obstaculi-
do alguno de parte de la persona a quien S. S. lo
atribuye, si fuera dable que se le pudiera pedir
algún auxilio decoroso y legítimo, le prestaría sin
dificultad.

Entre la unión y el partido progresista ha habido
la diferencia de que nosotros nos convenimos
antes de lo imposible que era la dinastía reinante,
por hallarse en completa oposición con la marcha
progresiva de la nación española, mientras que la
unión creyó conveniente hacer un ensayo y oírlo
para ver si lograba que desapareciera la obstaculi-
dad que a nuestra regeneración se oponían. Por
fin tuvo que convencerse de lo inútiles que
eran sus esfuerzos, y hubo de pensar de otra ma-
nera.

Pasaré en silencio el discurso del Sr. Cantero,
porque en el fondo veo lo mismo que S. S., y esto
ha sucedido frecuentemente en nuestra vida polí-
tica.

Habló despues el Sr. Ochoa y ya impugnó de un
modo más concreto el proyecto. S. S. dijo que no
era parlamentario, pues no había posibilidad de sa-
ber como habían de votar los que opinaban por la
regencia la quisieran múltiple, con más o menos
atribuciones, o representada por un ministerio.

No diría más en contestación a S. S., si no hu-
biese tenido el mal gusto de concluir haciendo de
este sitio una plaza de tumultos, pronunciando un
grito subversivo, sin dejar de saber que lo que era
punible fuera aquí quedaba impune. ¡Donoso alar-
de venir a dar aquí ese grito revidado con el man-
to de la inviolabilidad!

No me detengo más en esto, y paso a ocuparme
del discurso del Sr. Castellar, rico en imágenes
y bello como todos los suyos.

S. S. empezó ocupándose principalmente de los
candidatos más o menos probables, todo lo cual es-
taría en su lugar, si las Cortes trataran de la elec-
ción del que había de ocupar el trono, pero no
cuando solo se trata de una regencia.

Yo no comprendo ese afán de anticipar esa cues-
tion, y mucho menos el de presentar nuestra pa-
tria tan despreciada de todos, cuando seguramente
es todo lo contrario.

Pero decía el Sr. Castellar: ¿cómo habéis de en-
contrar candidato para la corona, cuando tena-
mos hoy los derechos individuales, esos rayos
deslumbradores que no puede soportar la monar-
quía? No comprendo cómo puede explicarse así
su señoría.

No puedo menos de recordar en este momento la
historia que S. S. nos hizo de todas las regencias
que ha habido en España, con esa serie de observa-
ciones que sobre ellas nos hizo, no sabiendo qué
admirar más, si la imaginación o la retentiva feno-
menal de S. S.

El Sr. Castellar dejó esta magnífica enumeración
de repente, y pasó a tratar de la persona del se-
ñor general Serrano. Yo siento tener que ocuparme
de las personas; pero por fortuna suya, de nadie ha
salido cosa alguna que pueda ofenderle, y esta cir-
cunstancia me dispensa de todo cuanto sobre esto
podría decir. Fui compañero de su ilustre padre;
lo fui en el Estamento de Procuradores, en el tri-
bunal de Guerra y Marina y en alguno de los Con-
gresos que hubo despues del Estado, y pude apre-
ciar las altas cualidades que le adornaban.

Se ha hablado de si hizo una coalición y despues
no siguió en ella. Pero ¿quién ha opinado siempre
lo mismo bajo todos conceptos? ¿Quién puede tener
la pretensión de que todo lo que ha hecho es
bueno? ¿Todos nosotros con nuestra palabra y
nuestro voto podemos estar seguros de no haber
tenido alguna alternativa en los incidentes singu-
lares por que ha pasado la causa de la libertad?
¿Quién no ha defendido alguna vez con preferen-
cia la causa del orden, porque la ha creído más
amenazada, sosteniendo en otras ocasiones la de la
libertad, por creer que entonces debía darse la
preferencia a esta?

Pero el general Serrano tiene para el Sr. Castellar una falta, la de ser militar. Señores, nadie me
excede en detestar el militarismo y la intervención
de los militares en las cosas políticas; pero este
mal viene en España de muy atrás, desde el en-
tronizamiento de la dinastía de Borbon, y con
pena he visto en los últimos tiempos a la honrada
toga de las Audiencias territoriales ir a la corte del
capitan general. Sin embargo, los culpa de los mi-
litares ni de nadie que no activa en todas nuestras con-
vulsiones políticas, sin exceptuar la última revo-
lución?

Despues el Sr. Castellar, volviendo los ojos a Pa-
ris y hablando de la república española no ya
como otras veces, presentando su triunfo como
consecuencia del desarrollo lento del espíritu hu-
mano, ha dicho que podía establecerse allí en tres
minutos, y que el efecto de lo que se haga en esa
gran ciudad puede llegar hasta nosotros. Es indudable
la influencia que podría tener la proclama-
ción de la república en París en la marcha política

de España. Pero no lo es que el imperio francés se
halla en sus postrimerias, como aquí hemos oído.

El imperio de Napoleón III nació y se sostiene
por el error que inspira el socialismo a las clases
honradas, a todos los que quieren la conservación
de los elementos fundamentales de la sociedad hu-
mana. Ahora se ha visto que a pesar del tiempo
transcurrido desde las sangrientas jornadas de 1848,
en cuanto se ha dado un poco de ensanche a la
libertad política, a las reuniones públicas, el
monstruo del socialismo ha vuelto a aparecer más
terrible que en aquella época.

Hablando el Sr. Castellar de uno de los candida-
tos al trono de España, acerca del cual yo no diré
sino lo que indicó el general Prim, que la solución
que yo deseo es la que acuerde la mayoría de las
Cortes; aludiendo a ese candidato dijo el Sr. Castellar
que la masocracia no puede renacer en España
mientras no renazca en toda Europa. Pero, se-
ñores, S. S. no nos ha indicado dónde ha acabado
ese imperio de la masocracia.

Hay una palabra inglesa que el Sr. Castellar co-
noce y que significa en español «restringirse a sí
mismo, dominarse a sí mismo»; y esa es la gran
virtud del pueblo inglés, como es también la vir-
tud indispensable para el ejercicio de los derechos
individuales.

Voy con sentimiento a decir algo que de propósito
he querido dejar para el último. Decía el Sr. Castellar
que él era el juicio de la posteridad, y si S. S. lo
crea así, hace bien en manifestarlo, tanto más
cuanto que no serían muchos los que lo sospecha-
ran, y porque además la falsa modestia es un vi-
cio en que no debe incurrirse. Pero S. S., eleván-
dose en el globo de su elocuencia, ha visto con el
telescopio filo-óptico las futuras generaciones; y lo
siguía admirado hasta donde me era posible; pero
al observar que S. S. torcía el instrumento y mi-
raba a los más escondidos rincones para ver, no
las complicaciones futuras, sino lo que hay de vul-
gar en todas las cosas, no podía menos de pensar:
«gran profeta será el Sr. Castellar»; sin embargo,
en esta ocasión ha entrado allí donde nosotros no
podemos seguirle.

Conociendo la noble impoñencia del Sr. Castellar
por la realización de sus sueños, no se com-
prende fácilmente por qué nos propone esas vaca-
ciones. ¿Por qué este aplazamiento? Quizás me
equivoque en mis conjeturas, pero debo exponer
mis opiniones. Señores, nueve meses van corri-
dos desde la revolución de Setiembre; yo entonces
hubiera querido un plebiscito para que el pueblo
español decidiera acerca de la forma de gobierno,
y nadie puede dudar que a la sazón, vencidos
y vencidos todos hubieran optado por la mo-
narquía.

No lo creían así, en efecto, los partidarios de la
restauración, y por eso fundaban sus esperanzas:
primero, en que no se reunieran las Cortes, por-
que la anarquía levantaría su cabeza por todas
partes; y despues, en las dificultades que encontra-
ríamos para llevar a cabo la obra de una nueva
Constitución.

Ignorales ilusiones han tenido y el mismo desenga-
ño han llevado los carlistas, los defensores de
una causa que se halla muerta, pero que no por
eso renuncian a galvanizar su cadáver; y yo tengo
por cierto que hay hombres de honor comprometi-
dos, que han recibido dinero y no dejarán de
cumplir sus compromisos, procurando renovar la
guerra civil en España.

Pues bien; yo que al verificarse la revolución
opiné que debía consultarse desde luego al país
por medio de un plebiscito respecto a la forma de
Gobierno y el candidato al trono, si como creo,
hubiera resultado la monarquía, hoy, en la situa-
ción que acabo de indicar, aunque tuviera en mi
mano el candidato que hubiera de ser más conve-
niente para ocupar el trono, no la abriría; la re-
gencia o el Gobierno hagan lo que haya que hacer,
defiendan la bandera gloriosa de la revolución, de-
fendan nuestros principios, pues hoy lo que más
falta hace es restablecer la tranquilidad, llevar
confianza a las clases todas, elevar nuestro cré-
dito, hacer reformas y luchar contra toda clase de
enemigos, para que la revolución quede asentada
sobre las firmísimas bases del amor a la libertad y
del orden público.

El Sr. CASTELLAR: Voy a ser muy breve en mis
rectificaciones, a pesar de los varios discursos que
me han dirigido los Sres. Topete, Navarro y Ro-
drigo y Olózaga.

El Sr. Topete me dijo una cosa que me ha ofen-
dido, y es, que yo le buscaba a él como contraste;
y bien sabe S. S. que yo hablo siempre con cierto
desorden, que apenas me preocupó de lo que
digo, y que cuantas veces hablo de S. S., hablo
por la importancia que tiene en la revolución y
en el Gobierno, y cuantas veces me responde con-
sigue un triunfo, al cual casi siempre contribuyo
yo con mis aplausos, menos cuando habla del du-
que de Montpensier.

Otra alusión me dirigió el Sr. Topete, la cual
debo decir con franqueza que me ofendió perso-
nalmente. No es propio de la lealtad y del carácter
de S. S. venir aquí a repetir ciertas vulgarida-
des sobre el influjo de los clubs en nuestra con-
stitución. En este punto ha dado el Sr. Figueras ex-
plicaciones que son satisfactorias. Nosotros no po-
demos negar a los clubs el derecho de criticar, y
por consiguiente, de discurrir de nuestra opinión
y de nuestro proceder. Pero ellos saben muy bien
que no pueden intimidarnos, y nosotros sabemos
también que con adulaciones no los ganaremos
nunca.

¿Había que satisfacer a los clubs cuando en una
tarde memorable el Sr. Sorni, el Sr. Chao, el señor
Blanc, otro señor diputado y mi humilde persona
nos ocupamos en conjurar a las puertas de este edi-
ficio una manifestación que parecía amenazadora?
¿Había que satisfacer a los clubs cuando vinieron
los sucesos de Jerez y dimos al Gobierno un voto
de confianza?

Señores, a un partido cuyas fuerzas son revo-
lucionarias y que sin embargo se encauza en la le-
galidad, no se le puede decir que tiene miedo a los
clubs sin herirle en su propia honra y sin que pro-
teste contra eso la conciencia general de nuestro
país, que hace justicia a nuestras rectas intencio-
nes. Los clubs y la minoría se comprenden mutuamente
y mutuamente se estiman.

En cuanto a la candidatura del duque de Mont-
pensier, debo decir que sucede aquí absolutamente
lo mismo que sucedía en Francia en 1793. Napo-
leon dice en sus «Memorias de Santa Elena» que
en Francia hubieran sido aceptos al pueblo; pero
no lo eran, y sus amigos particulares Danton y Ca-
mille Desmoulins no podían levantarlos sobre el
trono de que había caído Luis XVI.

Hay ciertos sentimientos de justicia, cierto amor
a la familia que no se armonizan bien con las gran-
des razones de Estado. Y el pueblo español no lo
perdonará al duque de Montpensier los trabajos he-

chos contra la dinastía caída, como la Convención
francesa no perdonó a Felipe Igualdad su voto con-
tra Luis XVI.

Dice el Sr. Olózaga que yo me atrevo a atribuir
legalidad al viva del Sr. Ochoa. Yo creo que esa
viva es legal mientras no venga rey, y es posible
que Carlos VII fuera elegido monarca por esta
Asamblea. Y si el Sr. Olózaga invocara leyes he-
chas en Cortes, yo podría darle otras que acredi-
tarían la legitimidad de Isabel II. Pero la revolución
ha venido a abrir cuenta nueva, y todo lo que exis-
tía antes, inclusa la expulsión de Carlos VII, todo
está invalidado por la revolución.

Indicaba el Sr. Olózaga que era una noticia nue-
va para él la de que yo creyera incompatible el
rey con los derechos individuales. Pues qué, ¿no
me ha oído siempre decir que la forma natural y
lógica de los derechos individuales era la república?
No he dicho nada nuevo al decir que el rey
tiene bajo su trono la pólvora de la democracia, y
en los diamantes de su corona las chispas de las
libertades populares. Esto lo he creído siempre in-
compatible, y así lo he manifestado repetidas ve-
ces, con la institución de la monarquía.

Decía el Sr. Olózaga que no era grande inconve-
niente la inconsecuencia política del general Serrano;
y trataba de justificar esas inconsecuencias
que yo pintaba al Sr. Olózaga como efecto del tem-
peramento nervioso, de la imprestabilidad del
general Serrano. El héroe es como el poeta, en un
momento lo ve todo: una idea le preocupa y se im-
agina, el pensamiento y el corazón, y es muy
fácil que un hombre de esa manera impresionado
pueda un día, creyendo que va a salvar la patria,
perdersela a todos. Por eso decía yo que un hom-
bre que con tanta facilidad había pasado de la
Montaña del Principio Pío al puente de Alcolea,
podría con igual facilidad pasar desde la regencia
a la disolución de esta Asamblea. Hé ahí mi razo-
namiento.

Para probarlos que son necesarias la sociedad
civil y la educación civil, nos cita el Sr. Olózaga
el ejemplo de Inglaterra. Yo debo decir a S. S. que
ese ejemplo, como el de los Estados Unidos, lo que
prueba es la necesidad de no tener miedo a las
tempestades de la libertad. Si los mismos los in-
gleses que los anglo-americanos fundaron la libertad
en períodos tristes y borrascosos, fué porque no la
temieron. Si preciso ensayaría y practicarla, y
para esto es preciso no tener miedo a sus conse-
cuencias y a sus prácticas.

Además, el Sr. Olózaga se quejaba del socialis-
mo; pero ¿tiene comparación el socialismo del año
de 48 con el socialismo del imperio? ¿A qué se re-
dujo el socialismo del año 48? A unos cuantos ta-
llores nacionales, de que a poco tiempo fueron des-
pedidos los trabajadores. ¿A qué se estendió el so-
cialismo del imperio? A destruir una ciudad, a re-
edificarla, a dar en la sociedad grandes espectácu-
los para el ejército y para la plebe, como los anti-
gos Césares.

¡Ah, señores! ¿ha conseguido algo ese emperador
a quien tanto alaba el Sr. Olózaga? ¡Díez y ocho
años de silencio! Pero a los diez y ocho años se
convenció de que era necesaria la libertad, y en
el momento mismo en que las reuniones políticas
se han celebrado, el desirio ha reaparecido más
amenazador, más terrible que nunca.

Pero dice el Sr. Olózaga: ¿cómo se queja el se-
ñor Castellar de la masocracia, cuando existe den-
tro de Europa? Véase por qué alaba yo tanto a
una ciudad a quien llamaba la capital del género
humano. Lo que ella hace se hace en el mundo; y
como ella ha derribado el régimen privilegiado de
las clases medias, ese régimen no reaparecerá ja-
más. El sufragio universal ha hecho la Italia y la
Prusia; habéis tenido que admitirlos vosotros, y
esta firmado por la pluma doctrinaria del Sr. Olo-
zaga. ¡Oh grande idea, que se impone a sus mas
encarnizadas enemigas!

Me ha dicho también el Sr. Olózaga que con un
largo telescopio he visto las cosas pequeñas, pero
que he entrado en sitios a donde S. S. no podía
seguirme. Yo al tratar la historia contemporánea,
no he entrado en ningún sitio en que no estuviera
el Sr. Olózaga. He entrado en la regencia de
María Cristina, y allí estuvo el Sr. Olózaga. He en-
trado en el palacio de Isabel II, y su primer mi-
nistro despues de declarada su mayor edad fué el
Sr. Olózaga. He entrado en la regencia de Espar-
tero, y allí estaba el Sr. Olózaga. He entrado en la
coalición del 43, y allí estaba el Sr. Olózaga. He
entrado, en fin, en todas las partes en donde ha
entrado el Sr. Olózaga, con lo cual no puedo inco-
modarle, porque creo firmemente que donde quie-
ra que entra S. S., lleva honra y saca honra. El Sr.
Olózaga podía, pues, muy bien seguirme, por-
que no había estado en ningún punto de la historia
contemporánea donde no hubiera estado S. S.

¿Y cómo no había de estar en toda ella un hombre
que así personifica nuestro Parlamento?

Ha dicho S. S. que yo veía en todos los tiempos,
descubría todos los horizontes, que era, en fin, la
posteridad.

Señores, yo dije que era la posteridad en un
sentido modesto; por que estando colocado más le-
jos de vosotros, de vuestras rivalidades y de vues-
tras ambiciones, no disputándoos carteras ni posi-
ción alguna, podía juzgar con la imparcialidad de
la historia. En esto no había orgullo; si algo ha-
bía, era modestia nacida de la humildad de mi po-
sición.

Pero yo digo al Sr. Olózaga que entre sus emi-
nentes cualidades no tiene la de ser previsor ni
pensador. No lo ha sido nunca; no lo es hoy tam-
poco.

El Sr. OLOZAGA: Voy a rectificar brevemente.
Insistiendo el Sr. Castellar en su error de que el
grito de Carlos VII era legítimo, ha dicho que la
revolución ha derogado la ley de proscripción lanza-
da por las Cortes contra el pretendiente y su fa-
milia. Señores, es una teoría muy singular la de
que se haga una revolución para acabar de derri-
bar una dinastía, para derribar el árbol por el
tronco, y que luego se pretenda que queda en pie
una rama, que se exhibe una parte de esa dinas-
tía que ya está prosrita, precisamente cuando
debía de consumarse la expulsión por com-
pleto.

En cuanto a atribuir las inconsecuencias del ge-
neral Serrano a su organización nerviosa, diré a
su señoría que a los hombres no hay que juzgar-
los por su temperamento. Pero ¿qué S. S. por qué
los antiguos progresistas hemos sido los primeros
en proclamar su renegado? Pues es porque le en-
contramos desuado de toda ambición personal, é
incapaz de faltar a la libertad y al honor de Es-
paña.

Yo no he hecho la apología del imperio; he la-
mentado la pérdida de la libertad en Francia, ma-
nifestando la causa por qué se perdió; pero el se-
ñor Castellar reconoce que ha renacido el socialis-
mo en Francia más amenazador que sucumbió. No
hay teoría, por absurda que sea, que no se admita

en los meetings como de una aplicación inmediata,
llegándose hasta las manifestaciones más impías.
Yo he asistido a un meeting en que se trataba de
la organización de la familia, y porque se hizo una
alusión a la Divinidad, aquel orador tan elocuente
que había sido escuchado hasta entonces con ge-
nerales aplausos, en el momento en que se vio que
creía en Dios, fué arrojado de la tribuna. Suba
otro a ella, y dice en son de desprecio que no se-
guirá el tortuoso camino de su antecesor, y por-
que se le escapa con este motivo un librepensador
se sublevarán también los oyentes y tieneigualmente
que callarse. Ese socialismo y ese ateísmo que
está amenazando a la Francia, presta gran fuerza
al imperio.

Prescindiendo de otras rectificaciones por no molestar
más la atención de la Cámara, y concluyo ro-
gando al Sr. Castellar que no tome a mala parte na-
da de lo que he dicho.

El Sr. CASTELLAR: Dos palabras solamente. Yo
me alegro mucho de la declaración que acaba de
hacer el Sr. Olózaga respecto a política, porque
esa declaración es para nosotros importante, im-
portantísima.

Dice S. S. que se ha cortado por la raíz el árbol
de la dinastía de Borbon, que ha caído con todas
sus ramas; y como una de las ramas es doña Ma-
ría Luisa Fernanda y el duque de Montpensier, yo
me alegro mucho de esta manifestación del jefe
del partido progresista; con ella nos ha libera-
do S. S. de un candidato.

El Sr. OLOZAGA rectifica. Cuatro palabras. Insis-
to en que la proposición que va a votarse es anti-
parlamentaria, y el compromiso moral y de con-
ciencia en que algunos señores diputados que
siendo partidarios de la regencia, aunque no de la
única, se han de ver al emitir sus votos, indica
bien claramente que los términos de la proposición
son antiparlamentarios.

Ha dicho el Sr. Olózaga que no se hubiera ocu-
pado más de mi pobre discurso si no fuera por el
mal gusto que tuve de concluir dando un grito de
viva Carlos VIII. Digo que estoy en los al-
bores de mi vida parlamentaria, que aquí he he-
cho mis primeros ensayos, y que en esta Asamblea
es donde he aprendido a dar esos gritos que
a S. S. le parecen de mal gusto.

Me sentaría ahora si no fuera por otra indica-
ción del Sr. Olózaga que ha manifestado que la
guerra civil se aproxima, que hay hombres no-
rados que tienen el compromiso de suscitarla, y
que tal vez sin yo saberlo ni quererlo, como efec-
tivamente es cierto, el grito que yo di aquí sea el
principio de esa guerra civil que teme S. S. Esta-
mos en una ocasión solemne, va a votarse un
proyecto de ley importante, y no diré yo que sea
un recurso oratorio ese anuncio de guerra civil;
lo que sí diré es que yo no trato de suscitara. Es
más: me parecen graves, me causan espanto todas
las guerras, principalmente las civiles; pero yo que
soy franco, yo que no he aplaudido la revolución
de Setiembre, no sé si le diré que reprobaré ó
aplaudiré una revolución que no signifique más que
el estallido, la explosión de un sentimiento vamente
que indique que la patria espera y desea
mejores días.

Los señores Olózaga y Navarro Rodrigo renun-
cian la palabra que tenían pedida para rectificar
y para alusiones personales, y procediéndose a
votar nominalmente la proposición por haberlo
pedido así suficiente número de señores dipu-
tados, resultó aprobada por 194 votos contra 43.

El señor VICEPRESIDENTE (Martos). Continúa
la discusión del dictamen declarando leyes los
decretos del Gobierno provisional.

El Sr. Chacon tiene la palabra sobre la enmien-
da del Sr. Vinader.

El Sr. CHACON: La comisión no acepta la en-
mienda del Sr. Vinader, y debía limitarse a repro-
ducir lo dicho ya por el Sr. Alvarez; pero como
no conviene que queden sin correctivo las apre-
ciaciones de S. S., voy a hacer por mí propia cuenta
algunas observaciones sobre ellas. Empezaré
por manifestar que este asunto no es nuevo y que
la cuestión está ya prejuzgada por las Cortes al
dar el voto de confianza que otorgaron al Gobierno
provisional, por el que aprobaron todos sus actos,
y por consiguiente el que constituye el decreto
suspendiendo el pago de la asignación señalada a
los Seminarios conciliares.

Tres razonamientos hizo el Sr. Vinader. Su se-
ñoría invocó la libertad de enseñanza; sostuvo
que puesto que el Gobierno había privado a los
Seminarios de sus bienes, debía acceder a sus gas-
tos, y manifestó, por último, que siendo la asig-
nación de los Seminarios un punto concordado, no
podía dejar de pagarse.

Es verdaderamente curioso que en nombre de
la libertad de enseñanza se pretenda que debe se-
guirse pagando la asignación a los Seminarios,
cuando la libertad excluye toda excepción, todo
privilegio.

Dice el Sr. Vinader que sin esa asignación, con
qué van los Seminarios a atender a sus gastos,
cuando el Estado se ha apropiado de sus bienes.
Aquí hay una inexactitud y un error. Está la in-
exactitud en suponer que el Gobierno se ha in-
cautado gratuitamente, por decirlo así, de los bie-
nes de los Seminarios, dejando a estos indotados.
Eos bienes no se vendieron hasta que se dio la
ley de 1835, siendo despues equiparados por un
decreto de 1838 a los bienes eclesiásticos.

No están, por lo tanto, los Seminarios indota-
dos aunque no se les pague la asignación, contan-
do como cuentan con la renta de esas inscripcio-
nes; y si resulta déficit, el Clero y los fieles pue-
den cubrirlo.

Creo el Sr. Vinader; y aquí está el error indica-
do, que porque el Estado haya dispuesto de los
bienes de los Seminarios, tiene obligación de aten-
der a sus gastos; como otros diputados han sos-
tenido en la discusión de la Constitución que la
obligación del Estado de sostener a la Iglesia dimanaba
de haberse incautado de su propiedad; pero esto
que a primera vista parece que tiene alguna
fuerza, carece por completo de ella. La obligación
del Estado de sostener a la Iglesia está fundada en
principios más elevados. El Estado tiene el deber
de procurar todo aquello que pueda contribuir al
bienestar de los individuos; por eso les proporciona
la instrucción y se encarga de los servicios pú-
blicos; por eso también atiende a la religión, y la
protege y la paga, para facilitar a estos que pue-
dan profesarla.

Pero al atender a los gastos de la Iglesia, puede
fijar la cantidad de estos y los objetos a que han de
destinarse; pero lo hace con arreglo a las prescrip-
ciones del Evangelio, que dejaron a los Gobiernos
el derecho de fijar la clase y la cantidad de los me-
dios que destinaban al sustento de los clérigos y a
los gastos del culto.

Da aquí que pueda el Estado destinar una canti-
dad a los seminarios, y que pueda también aumen-

tarla, disminuiéndola ó suprimiéndola, sin que por eso, y
con tal que no desatenda la d-más gastos de la
Iglesia, se deduzca que falta a la obligación de sos-
tener a esta.

El Sr. VINADER: Seré breve en mi rectificación.
Yo no dije que fuera una consecuencia de la liber-
tad de enseñanza la dotación de los seminarios;
por el contrario, sostuve que esa libertad excluía
el monopolio, y por consiguiente, que no debían
tener dotación ni los seminarios ni las universida-
des, aunque respetaba la existencia de estas como
un recuerdo de antiguas tradiciones y como un
tributo de justicia.

No es precisamente como indemnización por los
bienes que poseyeron los Seminarios por lo que el
Estado debiera darles esa asignación: si se estudia
la historia de los Seminarios se verá que en el Con-
cilio de Trento los Obispos españoles no fueron los
que mayor interés tuvieron en su fundación: Esta
fué un medio de remediar las necesidades de
aquellos tiempos por la poca seguridad de las doc-
trinas que se enseñaban en las universidades, co-
sa que no sucedía en España.

Poco es lo que tengo que decir respecto al últi-
mo punto. Dice S. S. que la revolución puede rom-
per todos los pactos; también lo creo yo, y me alegro
que la revolución lo entienda así. Y en cuanto a
que el Concordato esté en manos de las leyes ci-
viles, diré solo que muy poca dignidad habría en
los Gobiernos españoles que fueran a contraer un
compromiso en la convicción de que no le habían
de cumplir.

Puesta a votación la enmienda, fué desechada.

El señor SECRETARIO (Llano y Persi): La cuarta
enmienda dice así:

«Pedimos a las Cortes Constituyentes que sirvan
acordar que en el proyecto de ley para convertir
en leyes los decretos del Gobierno provisional se
añada lo siguiente:

«Quedan derogadas las disposiciones que impiden
la admisión de novicias y la solemne profesión
monástica en comunidades de religiosas, y orde-
nan la reducción de sus conventos.»

Palacio de las Cortes 29 de Mayo de 1869.—Vi-
cente de Mantecola.—Ramón Ortiz de Zarate.—
Cruz Ochoa.—Ramón Vinader.—José Joaquín Bar-
reiro.—José Pardo Bazan.—Adolfo Merel esq.

En su apyo dijo

El Sr. PARDO BAZAN: No era yo el llamado a
defender esta enmienda; la firma en primer lugar
el Sr. Mantecola, que la había sostenido con gran
lucidez y que hubiera probado que si no son esen-
cialmente necesarias las instituciones monásticas,
son al menos una parte principal del Catolicismo.

La cuestión religiosa no se había prejuzgado por
la revolución.

Verdaderamente puede decirse que quien la ha

materia es el decreto de las Cortes de 29 de Julio de 1837, con arreglo al que quedaron extinguidas todas las comunidades religiosas, y toleró sólo la continuación de las existentes si tenían más de 12 monjas, prohibiendo la profesión y decretando que el Estado se incautara de los bienes de los conventos.

Con posterioridad á él no se publicó otra ley que el Concordato de 1851, y este vino á confirmarlo estableciendo que no pudiera haber comunidades religiosas de mujeres dedicadas á la vida contemplativa tan sólo.

Estas eran las disposiciones legales que existían hasta 1851, y sin embargo, por medios indirectos, subrepticamente, se habían creado conventos y se habían hecho profesiones, y no se había dado cumplimiento al Concordato en cuanto á que las monjas se dedicaran á la enseñanza ó á la beneficencia.

¿Y qué establece ese decreto? Lo mismo que estableció el Concordato y que el decreto de 1837: suprime los conventos fundados con posterioridad á dicho año, con arreglo á ese decreto que abolió las comunidades religiosas, y al Concordato que no autorizó la creación de conventos; reduce los existentes con sujeción á los términos; prohíbe las profesiones en iguales términos, y ordena la incautación de bienes que el decreto de 37 acordó, y que el Concordato y las concordias posteriores han mandado seguir vendiendo, y permutar por inscripciones de la deuda.

Respecto á la conveniencia del decreto para el país, no hay para comprenderla más que fijarse en que el excesivo número de regulares ampara la población y la producción. Hoy hay en España 44.000 monjas, es decir, más de las que hay en ninguna nación.

Dice el Sr. Pardo Bazán que el decreto se opone á la Constitución, porque esta establece el derecho de asociación. Pero examinando el catolicismo bajo el triple aspecto de sociedad, de religión en iguales condiciones que las demás permitidas, y de religión protegida y pagada por el Estado, se ve que así antes como después de la Constitución el Estado tiene respecto de la Iglesia derechos que le hacen intervenir en sus asociaciones, y la Iglesia obligaciones que no le permitan hacer cuanto quiera sin contar con aquel.

La libertad concedida á las religiones tampoco es absoluta; y finalmente, considerando al catolicismo como religión subvencionada, hacen de esta subvención deberes y derechos recíprocos entre el Estado y la Iglesia, de los cuales no puede prescindirse. En todos los Estados que han aceptado la religión católica, la potestad civil ha venido interviniendo en asuntos que no eran puramente dogmáticos.

Respecto á la incautación de bienes, hay otra enmienda que ha de discutirse, y entonces podremos ocuparnos más detenidamente y concretamente de este asunto. Concluyo, pues, rogando á las Cortes que se sirvan no tomar en consideración la enmienda del Sr. Pardo Bazán.

El Sr. PARDO BAZÁN. Cebro mucho que el señor Chacon haya demostrado con motivo de mi discurso su erudición en estas materias. Yo, aunque menos erudito que S. S., conozco esos decretos de que he hablado, pero no consideraba que pudieran estar vigentes después del Concordato, que por cierto no se trae a plaza por los señores de enfrente sino para aquello que perjudica á la Iglesia.

El Sr. Chacon quiere destruir lo que hay de razón y de justicia en mi enmienda, y viene unas veces con decretos trasnochados, otras con argumentos volterrianos que son de mal gusto.

Pero viniendo á lo de la dotación, yo le digo á S. S. que esa dotación no es una compensación de los bienes que quitamos á la Iglesia, y que á título de ella no podemos tenerla sujeta con esas irrisorias regalías que hace tiempo debieron desaparecer de entre nosotros.

Es claro que las clases que no trabajan perjudican á la riqueza pública; pero hoy que tanto se ha desamortizado la tierra, el trabajo está más infundado que nunca, gracias á las grandes emigraciones que ha habido de papel; y esta idea no es de ningún jesuita, es de Proudhon.

El señor VICEPRESIDENTE (Cantero): señor diputado, ruégole á S. S. que se quite á rectificar.

El Sr. PARDO BAZÁN: señor Presidente, he perdido también la palabra para alusiones personales.

El señor VICEPRESIDENTE (Cantero): Pero, señor diputado, esas no son tampoco alusiones personales.

El Sr. PARDO BAZÁN: Pues de no poder continuar exponiendo mis razonamientos, no continúo.

Leída de nuevo la enmienda por el Sr. Secretario Llano y Persi, se puso á votación y fué desechada.

Se leyó por el mismo señor secretario la siguiente enmienda del Sr. Vinader:

«Pedimos á las Cortes Constituyentes se sirvan acordar que en el proyecto de ley dando fuerza de leyes á los decretos del Gobierno provisional se establezca lo siguiente:

Queda derogado en todas sus partes el decreto de 12 de Octubre de 1868, relativo á la Compañía de Jesús.

Palacio de las Cortes, á 3 de Abril de 1869.—Vicente de Manterola.—José Miguel de Arrieta Mascará.—Ramón Vinader.—Pascual de Isasi Las-mendi.—Joaquín de Cors.—Joaquín Ochoa de Olza.—Nicasio Zabalza.

El Sr. VINADER: Esta enmienda debía haber sido apoyada por el Sr. Arrieta Mascará, que ha fallecido hace algún tiempo; se acordó después que la apoyase el Sr. Manterola que está ausente, y como no nos faltaban medios de traer aquí esa cuestión, y como por otra parte ya he visto el sistema seguido por la comisión, de decir que es preciso hacer leyes esos decretos, aunque luego las leyes se modifican, la retiro.

Suspendida esta discusión, se mandó pasar á las comisiones respectivas varias exposiciones presentadas por los señores diputados.

El Sr. VICEPRESIDENTE (Cantero): Orden del día para mañana: Votación definitiva del proyecto de ley de regencia: continuación del debate pendiente, y los demás asuntos señalados para hoy.

Se levanta la sesión.

Eran las seis y cuarto.

PARTE EXTRANJERA.

DESPATCHOS TELEGRÁFICOS.

PARIS, 14.—Varios diarios de los departamentos son perseguidos por delito de falsas noticias con motivo de los recientes desórdenes en París, en Burdeos y en Nantes.

El periódico la France considera como muy dudoso el nombramiento del general Fleury para ministro de Francia en Florencia.

LISBOA, 14.—La reina acaba de partir para Burdeos.

En la Cámara de diputados continúa la discusión de la especial autorización para el empréstito. Probablemente será votada mañana.

PARIS, 15.—Continúa reinando en París tranquilidad completa.

LONDRES, 15.—En la Cámara de los comunes Mr. Otway dijo que el gobierno americano sostiene que la captura del buque Mary-Lowell se hizo en las aguas inglesas, pero la España sostiene que fué apresado en alta mar.

Mr. Otway añade que los apresamientos hechos por la España están actualmente examinándose por los legisladores ingleses.

PARIS, 14.—3 por 100 español exterior, 25.

3 por 100 francés, 74-30.

4 1/2 id., 102-75.

LONDRES, 14.—Consolidados ingleses, 92 5/8 á 3/4.

LONDRES, 15.—Lord Otway, contestando á una interpelación, dice que los americanos sostienen que la captura del buque Mary-Lowell se hizo en las aguas inglesas y que España mantiene su opinión de que dicha captura se hizo en alta mar.

Añade que esta cuestión será sometida al examen de los juristas ingleses.

EL PENSAMIENTO ESPAÑOL.

MADRID 16 DE JUNIO DE 1869.

LO INESPERADO.

Prescindase de la Providencia, y ya no hay modo de explicar la historia.

Los ateos han inventado la palabra casualidad por no reconocer que en el fondo de los hechos históricos, hijos de la libertad humana, se nota el influjo de un ser superior y misterioso, que sin coartar en nada el libre albedrío del hombre, encamina los hechos hacia un fin determinado, imprevisto generalmente por nosotros, y siempre útil y provechoso para la verdad, para la justicia y para la misericordia. Pero el cambio de palabras no basta para alterar las ideas. Importa poco que los ateos llamen casualidad á lo que nosotros llamamos Dios; no por eso dejan de reconocer la existencia de algo superior á nuestra razón y á nuestra voluntad: de algo que se nos impone, que desbarata nuestros planes y nos sorprende con sucesos que no habíamos previsto.....

Y si alguien hay que á más de negar á Dios vive, niega á ese otro dios grosero y ciego que llaman casualidad ¿cómo explicará lo que venimos presenciando en España desde la revolución hasta la fecha? ¿Lugeno peregrino sería quien hallare la razón de la multitud y variedad de circunstancias que han sido menester para que al cabo de treinta y cinco años de martirio constante, de persecución sin tregua, se haya levantado el partido católico pujante, fuerte y joven de entre las ruinas producidas por el movimiento revolucionario.

No ha mucho tiempo decíamos que desde el reconocimiento de Iruia hasta hoy se había verificado un singular fenómeno: la desorganización de la unión liberal y el nacimiento de la unión católica.

Aquel suceso político que hirió en lo más hondo y vivo de los sentimientos españoles, fué como una sentencia de muerte para el trono constitucional. Desde aquel mismo instante, nada fué poderoso á contener su ruina; y por sí el indudable prestigio de dos hombres notables podía evitarla, Dios se encargó de suprimirlos dejando en desconsolador aislamiento el cetro que fué de los Carlos y Felipes.

Comenzó el cielo á eunegrecerse, condensáronse las nubes sobre el ceut, oyéronse sordos ruidos, presagos seguros de horrible tempestad; y sin saber cómo ni cuándo, mucho más pronto de lo que se esperaba y con una facilidad que nadie pudo sospechar, estalló el rayo, abrasó el trono, infestó la atmósfera con pestilentes emanaciones, y nos encontramos como por arte de encantamiento, sin rey, sin unidad católica, sin orden, sin instituciones, sin república, sin idea, sin nada. Nos envolvió el caos, cerramos los ojos, perdimos la luz, y nadando en el vacío, sin saber á dónde iríamos á parar, empujados por una fuerza invisible semejante á aquel secreto acento que el Judio errante oía sin cesar, ¡panda! ¡panda!, vamos andando á ciegas sin nuestra voluntad á veces, contra ella otras, dejando atrás el desierto, teniendo delante el desierto, y á los lados el desierto, sin que en sus horizontes interminables se advierta señal ninguna de que al fin penetremos en nuevas regiones de aires puros y fresca y lozana vegetación.

Mas notad cómo en medio de esta incertidumbre en que España ha sido sumida por el motín de Setiembre, la luz que ardía en el santuario de los fieles á su Dios y á su patria ha comenzado á derramar sus rayos por todas partes, y como un sol formado por los rotos pedruzcos de otros soles unidos en virtud de la ley de la atracción, así de los rotos pedruzcos del catolicismo se forma un nuevo disco luminoso, y de los grones de la real púrpura se forma un nuevo manto magnífico y brillante.... El nuevo sol no alumbrará hoy á todos, porque hay muchos ciegos; las arenas del desierto los cegaron, y sólo volverán á la vista cuando la mano de la Providencia toque sus muertas pupilas. El manto flota hoy á la ventura agitado por vientos contrarios; pero caerá sobre los hombros del que descubra su frente ante el nuevo sol y prometa sacarnos del desierto y conducirnos á la tierra en que el aire es puro, y fresca y lozana la vegetación.

¿Quién esperaba que la ruptura de la unidad católica produciría la unión católica? ¿Quién esperaba que la caída de un trono produciría la excitación del sentimiento monárquico? Preguntad al Gobierno á donde vá, y os contestará: no sé, porque no voy, me llevan: quiero ir á la monarquía, pero la república me rodea como una serpiente. Preguntad á los republicanos por dónde van: no lo sabemos, os contestarán; vamos á la república, pero ignoramos el camino que hemos de seguir; creímos ir derechos, y no hemos podido; pensamos ir por medio de la monarquía, y ahora nos sale al paso la república.... Preguntad á los carlistas, y os dirán: la victoria es nuestra: pero ¿cómo, cuándo y por dónde? lo ignoramos; creímos que la república vendría inmediatamente, y la república no viene; esperábamos á Montpensier, y Montpensier no parece; juzgábamos que el país se mostraría apático, y

el país, más entusiasta que nunca, responde á nuestras voces con latidos violentos que apenas se pueden contener.

Nadie sabe lo que hará, ni cómo y cuándo lo hará. España entera parece haberse puesto en expectativa, como si ignorara lo que quiere y lo que espera. Quiere y espera algo, pero no sabe por dónde ha de venir. Vé el desierto delante de sí; espera un oasis, pero no sabe si lo tiene al lado, ó si está lejos, muy lejos....

¿No veis en esto claramente que Dios se ha reservado por completo la dirección de nuestras cosas? Mirad á un lado y á otro; mirad adelante y atrás, arriba y abajo, y no vereis á ningún hombre que nos guíe ó nos empuje. Todos vamos andando solos, como el aire. Llegaremos al fin, y no sabremos por dónde hemos llegado.

Amanecerá un día, y el Gobierno provisional habrá desaparecido. ¿Cómo, por dónde? Nadie lo sabrá. O una tormenta republicana se lo habrá llevado y tendremos en el pináculo del poder á una docena de descamisados, ó un sacudimiento de la vieja España, rejuvenecida en el martirio, habrá pulverizado el endeble castillo que el orgullo de los rebeldes levantara, como una torre de Babel, juzgándolo más fuerte que los siglos.

Aquello que menos espereis, aquello sucederá: y precisamente cuando tal vez el desaniento se haya apoderado de vuestro ánimo, cuando la sombra de la desesperación comienza á envolveros ¡oh almas débiles! entonces sentireis sobre vuestras cabezas las nuevas corrientes de aire, y así como Colón, por la presencia de algunas aves y yerbas, y por el ambiente aromático conoció la proximidad de un nuevo mundo, así conoceréis vosotros por señales extraordinarias la proximidad del mundo que buscamos á través de las brumas espesas que nos rodean.

Lo inesperado es la historia de nuestros últimos tiempos; lo inesperado es la mano de Dios que interviene; confiad, pues, en lo inesperado, que lo inesperado es nuestra salvación, es la salvación de España.

¿ESTO ESTÁ PERDIDO!

Cuando hasta los partidarios más apasionados de la gloriosa setembrina confiesan en público y en privado que el país está mal y que el descontento es grandísimo, no hay necesidad de que nosotros nos esforcemos en demostrarlo. A la vista está, por otra parte, la intranquilidad que se ha apoderado de todas las clases; á la vista está el desasosiego general que tiene á España entera en la expectativa de una solución que cada cual vé á su manera y en donde le place, y que muchos no ven en ninguna parte. Hasta los asuntos ordinarios de la vida y al parecer más independientes de la política se paralizan y se aplazan «hasta ver en qué queda esto.»

El dueño de una finca urbana que necesitaba hacer en ella alguna reparación importante, después de mucho cavilar, se resuelve á dejar su finca tal como está hasta ver en qué para esto.

El dueño de fincas rústicas que proyectaba hacer alguna variación ó alguna mejora dispendiosa, guarda su dinero y aplaza la mejora «hasta ver en qué queda esto.»

El capitalista no se atreve á invertir los fondos que recoje; el industrial guarda sus proyectos de engrandecimiento para mejor ocasión; todas las clases se limitan á salir del día como se pueda, dándose por muy satisfechas si logran hacerlo así; todas tienden á economizar aun aquellos gastos que ordinariamente consideran como necesarios. ¿Cuántos matrimonios no se aplazan «hasta ver en qué para esto!»

Y todo el mundo siente que esto tiene que resolverse en un sentido ó en otro, que esto tiene que cambiar, que no se puede continuar así, porque á la manera que es imposible que viva y prospere sin confianza el comercio, lo es también que la sociedad viva sin la tranquilidad que necesitan lo mismo el hombre de negocios, que el propietario, que el hombre de estudio, que el modesto jornalero. Todos, pues, convienen en que España está fuera de quicio y que es necesario que las cosas varíen; y no los escasos ratos de ocio que deja la paralización de todos los asuntos se emplean con afán en hacer conjeturas sobre el término probable de la presente revolución.

Algunos ilusos lo ven en la consolidación de lo que llaman la libertad, otros en una transacción entre los liberales más y menos avanzados, y los más, por convicción ó por desengaño, convienen en la necesidad de un cambio radical. Pero es muy común entre los que de tan diversa manera piensan concluir con esta triste exclamación: «¿Esto está perdido!»

¿Qué se quiere decir cuando se afirma que esto está perdido? Si se quiere significar que la corrupción es general, que alcanza á todas las clases, que todas tienen alguna culpa en lo que está pasando, que son raros los ejemplos de aquella hidalguía característica del caballero español que todo lo arriesga menos su honor por defender una causa que cree buena y por no consentir ni aun en apariencia en aquello que cree injusto.... es verdad. Triste es decirlo, pero es cierto que en España, donde tanto se prodiga el valor de acometer con riesgo inminente de la vida, apenas se ven ejemplos del valor de resistir cuando con ello se puede exponer la tranquilidad, la posición, los sueldos y los honores. En este sentido esto está perdido, porque á la fe ha sustituido la indiferencia, á la hidalguía el egoísmo; y el que no sucumbe desde luego á una exigencia injusta, se fatiga en buscar un medio de hacer compatible su estricto deber con su bienestar.

Si, esto está perdido. Pues si no lo estuviera, ¿cómo era posible que España aguantara lo que aguantó? ¿Qué Gobierno puede subsistir sin la aquiescencia del pueblo á quien gobierna?

Pero que esto esté perdido, no quiere decir que no haya remedio; que esto esté perdido, no quiere decir que hayamos de dejarlo como cosa desesperada fiando el remedio á la Providencia. Reanímemos el espíritu abatido, sobrepongámonos á todas las contrariedades y busquemos el remedio con fe y con perseverancia. Dios ha hecho sanables las naciones, pero para que estas sanen, es menester que tengan voluntad de sanar. Veamos qué medios tenemos á nuestro alcance; veamos si hay hombres que sacudiendo la apatía están dispuestos á sacrificarse y hacer algo por sacar á España del lastimoso estado en que se encuentra, y ayudemos á esos hombres, cada uno según nuestras fuerzas, aun á costa de algún sacrificio, porque sin sacrificio ni hay mérito, ni hay triunfo.

Nadie puede excusarse con la vulgaridad de que el mal está en la masa, que los esfuerzos de unos pocos son impotentes, y que después de todo son hombres los que han de gobernar, y esos hombres serán poco más ó menos como los demás. Eso podrá servir para cohonestar la indiferencia ó quizá la cobardía, pero convengamos en que la excusa es tan irracional como la del propietario que teniendo un administrador que le defraudase se negara á buscar otro que fuese más honrado diciendo que todos los hombres defraudan.

El que no tenga iniciativa, prepárese por lo menos á auxiliar y secundar á los que la tengan; fíemos á la Providencia algo de ese gran cuidado que nos tomamos por nuestro bienestar, de ese cuidado que nos hace exclamar á cada paso: «yo no me meto en nada; no quiero compromisos; he de atender á mi porvenir.»

Si por nuestra indiferencia, ya que no digamos por nuestro vergonzoso miedo, dejamos abandonados á algunos espíritus varoniles que se propugnan hacer algo por nuestro bien; si dejamos que se malogren nobles esfuerzos cuyo éxito podríamos asegurar á poca costa, ya no deberemos decir: «esto está perdido», sino «nosotros lo hemos perdido.»

Está visto que los padres de la patria tienen mala estrella: el martes, de que siempre huyen, los persigue. La regencia fué votada en la sesión de ayer, y ayer era martes. Fatal coincidencia, que debe hacer temblar al duque de la Torre, convertido ayer en semi-rey, por obra y gracia de las Constituyentes.

Antojáenos, sin embargo, que el general Serrano ha de temblar más cuando considere que el hombre de la Salve ha sido el patrocinador de la Regencia; cuando piense que el mismo que pedía ayer a las Cortes que nombraran regente al héroe de Alcolea, pidió el 41 de idéntica manera la regencia del general Espartero.

El Sr. Olózaga pronunció ayer un largo discurso, con tono y ademán solemnes, como si se tratara de alguna gran cosa. Pero aquella gravedad y solemnidad fueron medios de que se valió el Demóstenes progresista, para hacer efecto, probando que el general Serrano es muy liberal, y muy digno, por consiguiente, de ser elevado á la gerarquía de Altea.

Y no contento el Sr. Olózaga con ensalzar los méritos liberales del duque de la Torre, procurando disculpar sus inconsecuencias, habló largamente de su padre, gran liberal toda su vida, y amigo y compañero de S. S. La Cámara entera se convenció de que el general Serrano debe ser regente, á falta de méritos personales, porque su padre fué muy liberal, y lo que vale más, muy amigo del Sr. Olózaga, recomendación que no tendrán todos los revolucionarios.

De estas razones y otras por el estilo se valió el Sr. Olózaga para encomiar las grandes cualidades de regente que tiene el general Serrano; pero todavía fueron más admirables sus argumentos al encarecer las ventajas de la regencia.

No hay talento ni elocuencia capaces de defender con lucidez una cosa contraria al sentido común. A los revolucionarios les conveniría mucho tener un rey: este es su sueño dorado, porque piensan que con un rey se eternizarían en el poder. Como no han encontrado ni pueden encontrar el suspirado monarca, acuden en extremis á la regencia, con gran dolor suyo. Esto es evidente. Pues ayer el Sr. Olózaga se empeñó en demostrar que la regencia es lo más conveniente y aceptable para los revolucionarios, y que una regencia es lo más á propósito para resistir los ataques de que va á ser blanco la libertad.

Con razón decía el Sr. Castelar en su rectificación, que los monárquicos de nuevo cuño no se entienden ni saben por dónde andan. Se contradicen unos á otros que es una maravilla. Quién propone la regencia como una triste necesidad, y quién como lo más apetecible; quién dice que es menester que venga pronto el monarca para que el país se pacifique, y quién que hasta no estar todo tranquilo y en orden no puede venir monarca alguno. Y no salen de círculos viciosos, de soluciones medias y de interinidades; viven al día, apurados siempre y temerosos del mañana.

Por hoy tienen regente. Gracias á los esfuerzos del Sr. Olózaga, la mayoría votó unida y compacta: 194 votos contra 43, dieron la victoria á la comisión.

El duque de la Torre es todo un semi-rey. Los españoles y extranjeros le llamarán Altea, y los unionistas volverán á las antiguas costumbres de formar camarillas que ahora serán semipalacios. Entre tanto el general Prim, en la

presidencia del Consejo de ministros y en el ministerio de la Guerra, dirigirá la política como Dios le dé á entender, reducido á la condición de un personaje de segundo orden, que se llamará Excelencia á secas.

Mas no ha de faltarle al general Prim el apoyo y consejo del patriarca Olózaga,—que así le llama el conde de Reus—y entre los dos harán si pueden que el regente sirva de adorno.

El desenlace de la comedia no puede preverse; pero ha de ser ruidoso, y no de aplausos.

Después de votada la regencia, continuó en la sesión de ayer el debate sobre la proposición que da fuerza de leyes á los decretos del Gobierno provisional.

En días anteriores, presentó nuestro amigo el Sr. Vinader una enmienda á este proyecto, pidiendo que cese la suspensión de asignaciones de los seminarios; petición de rigurosa justicia, supuesto que las asignaciones que gozaban los seminarios no eran un regalo ó donación del Gobierno, sino una deuda sagrada, de cuyo pago no puede prescindirse por ningún concepto razonable.

Ayer, sin embargo, el Sr. Chacon al contestar al Sr. Vinader, sostuvo lo contrario, diciendo en sustancia, que el Estado puede hacer lo que le dé la gana, en sus relaciones con la Iglesia, y la observancia de los tratados.

Según el Sr. Chacon, el Estado puede dar, quitar ó disminuir lo que le parezca conveniente, en la dotación del culto y Clero y de los seminarios. En buenos principios, esto no puede sostenerse: pero aun prescindiendo de las doctrinas católicas que imponen al Estado obligaciones imperscriptibles para con la Religión y la Iglesia, es absurda semejante teoría, mucho más si concretamos la cuestión á España.

Lo que se debe á la Iglesia, es por vía de restitución, aunque bien mezquina, de los bienes que poseía legítimamente y de que se apoderó el Estado; y el pago está además garantido por la ley y por tratados internacionales. Podrá la revolución, faltándole derecho, violar aquellos: pero siempre podrá alegar la Iglesia el principio de derecho natural, de justicia eterna, en virtud del cual quien toma bienes de otro, está obligado á restituirlos.

De nada, sin embargo, sirven estas razones á los legisladores revolucionarios. Para ellos no hay nada bueno, ni justo, ni santo, sino lo que quiere ó conviene al Estado; lo que este dispone es ley suprema, y ante él es preciso humillar la frente. Jamás sufrieron tiranía semejante los pueblos sometidos á monarcas absolutos; el Estado liberal es la encarnación del despotismo.

Pruébalo sino la otra proposición rechazada ayer. El Sr. Pardo Bazán pedía que los decretos del Gobierno provisional quedaran sin efecto en la parte que se refieren á reducción de conventos de monjas y prohibición de que profesen las novicias.

La petición no necesitaba defensa, mucho menos después de decretada solemnemente en la llamada ley fundamental la libertad de asociación; pero la Cámara rechazó lo que el señor Pardo Bazán proponía. El Sr. Pardo Bazán pronunció un buen discurso en pró de los institutos religiosos de mujeres. El orador es católico, tiene fe y ayer lo demostró. Al final de su discurso declaró que si había dicho algo contra la fe, se retractaba de ello. Esta noble protesta le honra y le enaltece.

El Sr. Pardo Bazán es según dicen progresista; en algunas cuestiones ha votado con los republicanos, y en otras con los católico-monárquicos. Sus ideas políticas no son muy claras. Ayer mismo, al hablar de conciliación y armonía entre la Iglesia y la libertad, dejó ver que adolece de algunos defectos de la escuela del liberalismo.

Pero ha defendido la unidad católica y las órdenes religiosas, se declaró ayer adversario de las regalías, y dió ejemplo de sumisión á la Iglesia, y en tal concepto, no podemos menos de felicitarle sinceramente.

Tenemos presente tres antiguos periódicos progresistas, y ninguno de ellos está conforme con los otros en la gravísima cuestión de regencia y formación del futuro ministerio.

Las Novedades, por ejemplo, vé con profunda pena que no han madurado las uvas para su agosto protector, y como si temiese perder la cosecha, pregunta entre otras cosas si habrá dinero.

¿Pues no ha de haberlo, interin el duque de Montpensier pretenda pasar en España por verdadera mina de oro y de otras menudencias?

Así dice Las Novedades:

«Ya somos felices. Por fin se ha votado la regencia. ¿Tendremos paz? ¿Habrá dinero? ¿No se vendrá abajo la obra de la revolución? ¿Durará mucho la interinidad? ¿Saldrán el comercio y la industria de la atonía en que yacían? Muchas preguntas son estas, y solo vemos como contestación nubes en el horizonte.»

A la Nación, por el contrario, le parece muy bien la regencia, pero le parecerá mal si el general Serrano va á nombrar ministros al campo unionista.

Hoy, según este periódico, no se necesitan ministros de inteligencia, sino liberales á todo trance, y dicho se está que si el partido progresista no ha inventado la pólvora, en cambio ha introducido el himno de Riego en todas las revoluciones. Con razón, pues, aboga La Nación por los suyos, descartando del futuro ministerio á las personas de reconocido talento, y dejando sentado que bastará en él la iniciativa poderosa

del futuro presidente designado ya por la opinión general.

Si conocerá *La Nación* al general Prim cuando aspira a rodearle de nulidades! Qué bien se destacará entre ellas la poderosa iniciativa del futuro presidente.

Pero oigamos a *La Nación* abogar por un ministerio progresista:

«La Asamblea nacional consta hoy de unos trescientos diputados, de los cuales muchos han probado hasta la evidencia no hallarse conformes con el rumbo que sigue la política.

Pues bien esos diputados que tan enemigos se han manifestado de muchos de los principios de la revolución, no pueden ser ministros, porque con sus actos comprometerían al regente, al jefe del Gabinete, a la vez que los intereses mas sagrados de la patria.»

Ejese bien el duque de la Torre en la elección de ministros, porque las crisis ministeriales que hasta el 29 de Setiembre hemos visto, han probado siempre la falta de inspiración patriótica. Un ministerio eminentemente liberal, descentralizador y amante de justas y verdaderas economías puede librar a España del naufragio social y político que pudiera amenazarla.»

Hasta aquí *La Nación* que se muestra desconfiada no sabemos si con razón o sin ella.

Y no es extraño que dudemos, aún tratándose de relaciones entre ametralladores y ametrallados, porque *La Iberia*, en cuya casa debe oler aún la pólvora gastada, y no en salvas, por Serrano en 1866, se entusiasma con la proclamación de la regencia, y ebría de gozo, sin duda, se decide a pedir un ministerio en que entren progresistas, los demócratas y hasta los unionistas.

Hé aquí sus palabras:

«La regencia, pues, es un hecho, el ilustre general Serrano, cuyos servicios a la libertad son universalmente reconocidos, ha merecido tan alto honor, y abrigamos la confianza de que sabrá responder a las legítimas esperanzas que en él tiene cifrada la patria: hecha la proclamación del regente, el ministerio que ha de regir nuestros destinos se constituirá probablemente con hombres procedentes de los tres antiguos partidos, y de este modo la obra de la Revolución cobrará nuevo vigor, para resistir los empujes de la reacción y de la demagogia.»

Sospechamos que en la galería de *La Iberia* hay misterio. Si Prim fuese un hombre temible, acaso su poderosa iniciativa en el futuro ministerio nos daría la clave del enigma.

Allá veremos.

Si alguien pusiera en duda que en España no hay conspiradores más hábiles y decididos que los unionistas, nienta que más a sus anchas se encuentre cuando la patria gimie bajo el peso de fratricidas discordias, *La Política* de hoy le demostraría que en este punto no cabe dudar un momento.

Dice así aquel periódico:

«Los unionistas prepararon la conjuración en Cádiz y en Canarias; prepararon los medios para dar el grito el 28 de Setiembre, sublevaron a toda Andalucía; vencieron en Alcolea; se trajeron después el ejército del marqués de Novaliches; hicieron, en fin, y aseguraron materialmente la revolución, a costa de su sangre y de sus particulares recursos.»

Glosemos.

La Política, al escribir las líneas precedentes, no trata de hacer alarde de desvergonzado cinismo, diciendo al país que precisamente aquel partido y aquellos hombres que tanto debían a doña Isabel de Borbon, que la habían rodeado y adulado por espacio de tanto tiempo, que habían combatido con el cañon y con el insulto a progresistas y demócratas por sus intentos de derribar el trono y la dinastía, aquel partido y aquellos hombres han sido precisamente los que prepararon la conjuración en Cádiz y Canarias y prepararon los medios para dar el grito el 28 de Setiembre y sublevaron la Andalucía y vencieron en Alcolea y dieron su sangre y su dinero para hacer y asegurar la revolución; no trata de mostrar al país que los progresistas y demócratas, aunque tenían más excusa que nadie para sublevarse por razón de sus principios y de su alejamiento del poder, han sido cabalmente los menos revolucionarios, y por consecuencia los menos culpables, no; trata *La Política* de presentar los méritos de la union liberal para que se le conceda el derecho de ejercer la superior influencia en el Gobierno... ¿Quién sabe si, después de todo, intenta recordar a progresistas y demócratas que la union liberal conspira mejor que nadie, y es más que nadie revolucionaria, y que puede llegar un día en que se crea obligada a lucir sus reconocidas habilidades para deshacerse de sus molestos aliados!

Todo puede ser, porque la union liberal se parece a Satanás, en que su vida es una rebelión perpetua y una ingratitude continua.

Preparémonos a oír buenas cosas y a descubrir grandes misterios. Con el título de *Memorias íntimas de un pronunciamento* ha comenzado *La Igualdad* a publicar una serie de artículos que prometen ser interesantísimos. El primero no es sino una exposición de los asuntos que va a tratar, de los secretos que va a descubrir. Hé aquí el índice que nos anticipa para que empecemos a regodearnos con la esperanza de lo mucho bueno y gordo que vamos a saber:

1.ª Trabajos en el ejército del partido progresista ó más bien del general Prim, por medio de agentes demócratas republicanos y demócratas realistas, porque ahora parece que los hay de las dos clases.

2.ª Iniciativa del partido republicano andaluz en la conspiración de Cádiz.

3.ª Relación exacta de la parte que la fracción unionista, ó por mejor decir, media docena de ambiciosos tomaron a última hora en aquella conspiración; sin omitir la horrible aversión que a estos hombres inspiraba el pueblo, y más aún el general Prim, ni la manera franca que tenían de demostrarla.

4.ª Parte que la marina tomó en aquellos sucesos.

Y 5.ª Distribución y evaporación de los millones del bueno de Montpensier.

Y nada más por ahora.

Todavía le parece poco a *La Igualdad* lo que promete. ¡Si será desprendida! A nosotros nos parece mas que suficiente para redondear el plan de una historia del liberalismo español que tenemos en mentes.

Vengan pronto esos datos; sepamos lo que cada cual ha hecho por destronar a su antigua señora y adorada reina, que ardemos en deseos de conocer las misteriosas intrigas de los conspiradores, su amor a la patria, sus enormes sacrificios, y sobre todo y ante todo, la distribución y evaporación de los millones del bueno de Montpensier.

¡Gran función nos espera! ¡Gran enseñanza para los tontos y gran castigo para los tunos!

Veremos quiénes son estos y quiénes aquellos.

La Bandera Española, periódico católico de Valladolid, refiere en los siguientes términos la profanación de la sagrada enseña de Alfonso VIII, profanación hecha por el gobernador de Leon, que ha querido unir en ilegítimo y escandaloso matrimonio el Código constitucional revolucionario y la bandera veneranda del vencedor de las Navas.

Dice así aquel periódico:

«El gobernador de Leon, al promulgar la nueva ley fundamental, enarboló en el ayuntamiento de aquella histórica ciudad el venerando pendon de Alfonso VIII, sagrada enseña que precedió a los reyes de Castilla en la serie de victorias que formaron otros tantos eslabones de la admirable cadena que vino a terminar en Granada, la unidad de fe, la unidad de fe, coronada allí donde se pudo proclamar la unidad de territorio de esta nación grande. Semejante pendon en que figuraba, y no sabemos si hoy figura aún, bordado el santo doctor arzobispo de Sevilla, tal como se le apareció a Alfonso VIII en el cerco de Baeza, a caballo, vestido de político, con capa, una cruz en la mano, en la otra una espada levanta, y en lo alto del cuadro el brazo de Santiago saliendo del manto; aquel pendon sagrado que guardaron religiosamente los Canónigos de San Isidro, fue tremolado, ¡oh! inhumano en el acto de promulgarse la ley que ha venido a destruir la unidad por que peleó el vencedor de las Navas, porque pelearon los héroes españoles de ocho siglos! Pero ¡plante providencial! ¡lance grandioso, suceso que nace brillar en el cielo la espada vengadora de tanta mengua! el pendon, cual si alentara animado con el recuerdo de las pasadas glorias y de la presente degradación española, vino al suelo cayendo de su asiento como si quisiera confundirse en la tierra! ¡Ah! su caída no será duradera, pronto los hijos dignos de España volverán por su honor y dispararán como el sol a la niebla; a la nube de ambiciosos que hoy están mancillando la honra inmarcescible de esta nación hidalga! Pendon santo, aún hay en España descendientes del conquistador de Bieza, y antes de mucho verás vengada la horrible profanación que tú mismo has sentido en las fibras de tu cenital y en tu asta, siempre hasta ese día erguida y enhiesta en nuestra España.»

¡Hipocresía liberal! Los que proclaman la libertad de cultos se atreven a tomar en sus manos profanas una bandera a cuya sombra combatió el inmortal Alfonso por la unidad católica. No puede llegar a más alto punto el descaro de los liberales.

Llena de gozo *La Iberia* por haberse votado la regencia, y después de manifestar cuánto espera del pueblo que tantas pruebas de sensatez y cordura ha dado desde Setiembre acá, exclama:

«Por eso es grande nuestro júbilo; por eso es inmenso nuestro entusiasmo: de hoy más, marcharemos con paso franco y decidido por la senda revolucionaria, para hacer prácticas las conquistas de la libertad; de hoy más, acalladas las ambiciones que la pasión de partido pudiera suscitar, salvemos al país de intestinas luchas, siempre perjudiciales al desarrollo material de su riqueza; de hoy más, creada esta nueva institución con los esfuerzos de todos, se constituye el país definitivamente, y podrá dedicarse quieta y sossegadamente al desarrollo intelectual, moral y político de sus costumbres, de acuerdo con los principios sustentados en la Constitución del Estado; de hoy más, en fin, los partidos políticos, con la calma y prudencia que deben siempre resaltar en sus actos, podrán entregarse a la discusión razonada de sus diversas ideas y distintas aspiraciones.»

¿Risum teneatis? Cualquiera diría que al votarse la regencia se han distribuido dos ó tres centenares de carteras ministeriales para saciar las patrióticas aspiraciones de nuestros revolucionarios. Porque ello es cierto, y la misma *Iberia* así lo siente aunque lo oculta, que para acallar los ambiciosos que la pasión de partido pudiera suscitar, el remedio más eficaz es proporcionar asiento en el festín del presupuesto a todos los ambiciosos. Entonces sí que se puede tratar quieta y pacíficamente del desarrollo intelectual, moral y político de las costumbres.

¿Cuánto quiere apostar *La Iberia* a que antes de quince días se empieza a hablar de crisis, de la necesidad de un cambio de personas para salvar la revolución, etc. etc.? Y han de ser los que de eso hablen periódicos monárquico-democráticos.

Dice la llamada *Gaceta del Clero*:

«El Clero no sería político y viviría tranquilo é indiferente bajo todas las situaciones, bajo todos los partidos, si estos le pagasen religiosamente sus asignaciones, aunque mezquinas, y si no se entrometiesen a legislar en materias que de ninguna manera les compete; en una palabra, el Clero estaría contento con todas las clases ó formas de gobierno si estas diesen al César lo que es del César y a Dios lo que es de Dios.»

El suponer que el Clero exige como primera condición de su aquiescencia a todas las situaciones y a todos los partidos la de que se le paguen religiosamente sus mezquinas asignaciones, es una grosera ofensa que infiere al virtuoso y sufrido Clero español, la cual rechazarán con indignación cuantos tengan noticia de ella, aun cuando por caridad la atribuyan más a falta de inteligencia que de voluntad.

Por otra parte, decir que el Clero puede estar contento con todas las situaciones y todos los partidos, que no se entrometan a legislar en materias que no le competen, con todas las for-

mas de Gobierno que den a Dios lo que es de Dios y al César lo que es del César, es una vulgaridad, interior no se añade que es de Dios y qué es del César.

Desengáñese la susodicha *Gaceta*, mientras persista en su absurdo, aunque calculado propósito, de defender a Montpensier y a la actual situación, y ser al mismo tiempo defensor del Catolicismo y del Clero, no saldrá de la contradicción y del sofisma. Esto no obstante, podrá conservar la gratitud del duque.

La llamada *Gaceta del Clero*, después de decir que lleva publicados algunos libros a dos cuartos para contrarrestar los efectos de la propaganda anticatólica, añade:

«Ni una sola palabra por parte de los periódicos se dicen religiosos, ni una indicación en sus columnas; están en su derecho. ¿Y por qué? ¡Ah! un libro devuelto con el siguiente lema en la faja nos lo revela todo: «Creo en el misterio de la Trinidad, pero no acepto su defensa si viene de la *Gaceta del Clero*.»

La intitulada *Gaceta del Clero* no debía haber necesitado del lema en que le ha sido devuelto uno de sus libros, para comprender la verdadera causa de la poca aceptación que estos tienen, y del silencio que respecto a ellos guardan los periódicos religiosos.

La *Gaceta del Clero* se propone conciliar a Cristo con Balal, al bien con el mal, y toda su cacareada propaganda católica conduce a demostrar que se puede ser muy católico y al mismo tiempo órgano del duque de Montpensier, que se gloria de haber contribuido a la impía y anticatólica revolución de Setiembre, y que por ello pretende ser rey de España.

No va extraño, pues, la *Gaceta* de que la devuelvan sus libros de la misma manera que se rechaza una invitación para asistir a un espectáculo inocente y aun bueno, cuando el producto de él se dedica a un fin malo. La devolución de los libros de la *Gaceta* es la negativa de todo auxilio a una empresa mala.

El gobernador de Tarragona ha dirigido una alocución a los habitantes de aquella provincia, para hacerles saber que una vez votada la Constitución, no deben echar en olvido que el abuso de las libertades puede conducirles a un abismo de no muy fácil salida. (¿Qué horror!)

La parte más sustancial de la alocución del precitado gobernador, está condensada en estas líneas:

«Las Cortes Constituyentes, en uso de su soberanía, han decretado también que la forma de Gobierno en España sea la monarquía, y todas las demostraciones públicas que se hagan con una bandera contraria, todos los gritos que se proclamen en favor de otra forma de Gobierno cualquiera, se considerarán como subversivos por ser atentatorios para la Constitución.»

Aviso a los republicanos.

Los adelantos del gobernador de Tarragona en materias de derecho democrático, no corren parejas en los progresos de su carrera en la cual ha pasado desde un puesto de 3,500 rs. que tenía en 1866 a gobernador de provincia, con una breve detención en otro puesto de 20,000 rs. después de la gloriosa. Verdad es que tiene el mérito de haber entrado en Cataluña con Baldrich en 1867. Así se forman nuestros hombres políticos.

La Iberia, que no tiene palabras bastantes para elogiar a cualquiera que viene a sus filas, procede de donde proceda, sigue una táctica especial que explica *El Siglo* de la siguiente manera:

«Cuando algún desdichado de los que componen los tres elementos dice alguna verdad, *La Iberia* propone que se le ponga a dieta, para evitar semejante exceso.

Ejemplos: habla el Sr. Romero Robledo, y dice que el sufragio universal es una farsa y una cosa ridícula. Al día siguiente *La Iberia* escribe lo siguiente: «Parece que el Sr. Romero Robledo hace dimisión de la subsecretaría de Ultramar.»

No habiendo pegado esta pedrada, *La Iberia* añade al día inmediato: «Esperamos que sea separado el Sr. Romero Robledo por enemigo de la revolución.»

Ahora está en turno el Sr. Cantero. Este antiguo progresista ha dicho que si hubiera sabido lo que había de dar de sí la revolución, no se hubiera metido a revolucionario.

Esto prueba que el Sr. Cantero es romo de entendimiento; pero *La Iberia* desempeña hoy su oficio como de costumbre, y le enseña los dientes con la siguiente amonestación:

«Esperamos que el Sr. Cantero hará dimisión de la dirección del Banco.»

Los periódicos progresistas no razonan, muerden. Ni el Sr. Romero Robledo ni el Sr. Cantero hacen dimisión, y los pretendientes progresistas se desesperan.

La Política dice que su candidato al trono (es decir, Montpensier) es considerado como una especie de Nabucodonosor.

¿En qué período de su vida? ¿Cuándo quiso ser adorado como Dios, ó cuando recibió el castigo de su orgullo?

Merecen ser conocidas las bases del pacto federal de las provincias de Andalucía, Extremadura y Murcia, firmado por los republicanos reunidos en Córdoba días pasados. Son las siguientes:

«Primera. El partido republicano de las provincias confederadas se declara solidario en cuanto se refiera a la conducta é intereses políticos. Consecuentemente los republicanos domiciliados en cualquier pueblo de la confederación, obtendrán protección de los directores del partido en los centros de su organización general, y los diputados de cualquiera de las provincias confederadas cuidarán de defender los derechos é intereses republicanos de aquellas que no tengan representación en las Cortes.

Segunda. La asamblea declara que considera la república federal como único sistema de Gobierno adecuado a la doctrina democrática, y que a él aspira. Para alcanzar su establecimiento en España hará uso de todos los medios legítimos que estén a su alcance.

Tercera. La Asamblea, fiel a la doctrina demo-

crática proclamada por la revolución de Setiembre, y que constituye la base del derecho político actual, estima los derechos individuales, inalienables, imprescriptibles, y por consiguiente, declara que ningún poder es facultado a limitarlos, y que todo ataque de índole general contra ellos se considera como contrario a los principios invocados por la revolución, reputándose causa legítima de insurrección si no se consiguiera la reparación debida por los medios legales.

Cuarta. La soberanía popular se considera inalienable, y que no deben establecerse, por lo tanto, poderes inamovibles, ni vincularse su ejercicio en ninguna familia.

Sin embargo, altas consideraciones de patriotismo deciden a la Asamblea a recomendar al partido republicano que respete la Constitución sin aceptarla, en cuanto se opona a los principios indicados en este y en los anteriores artículos.

Quinta. La Asamblea protesta solemnemente contra la conducta observada por el Gobierno provisional durante su mando para con las provincias andaluzas.

Sexta. El partido republicano de las provincias aliadas completará su organización, estableciendo en todas las localidades comisiones directivas nombradas por sufragio directo, comisiones de distrito constituidas por un delegado de cada comision local, y comisiones provinciales formadas por un apoderado de cada comision de distrito. Cada comision provincial nombrará un representante para constituir la asamblea general de estas provincias confederadas, que celebrará sus sesiones en Córdoba, por ahora.

La Asamblea general ejercerá la dirección del partido republicano. Habrá una comision permanente compuesta de tres individuos, miembros de la Asamblea.

La comision comunicará directamente con las otras confederaciones españolas; tendrá derecho para resolver los casos comunes y convocar la Asamblea general para casos graves.

Sétima. La Asamblea recomienda a los confederados la constante propagación de sus doctrinas políticas, y les advierte la necesidad de que la fuerza ciudadana se reorganice y arme brevemente para garantizar los derechos individuales.

Salud y fraternidad.

Tenemos el sentimiento de anunciar a nuestros lectores el fallecimiento, después de una larga y penosa enfermedad, del Excmo. Sr. D. Francisco de Paula Jimenez y Muñoz, dignísimo Obispo de Teruel. Era un decado de virtudes, y se distinguió siempre por su acendrada caridad y por el celo en propagar y sostener en su diócesis los principios religiosos y la sana moral del Evangelio. En los últimos momentos de su vida, y habiendo recibido con fervor edificante los Santos Sacramentos, ha dado fervientes pruebas de su fe y de su resignación con las disposiciones del Altísimo. Dios le conceda en la gloria el premio que tiene destinado a los justos.

Si hemos de dar crédito a los periódicos de la tarde que presumen de mejor informados, la crisis ministerial puede darse ya por resuelta. Hé aquí, según *La Correspondencia*, como se daba por formado a última hora el ministerio:

Presidencia y Guerra, D. Juan Prim.

Estado, D. Manuel Silvela.

Gobernación, D. Práxedes Mateo Sagasta.

Gracia y Justicia, D. Cristóbal Martín de Herrera.

Hacienda, D. José de Echegaray (dudoso aún).

Marina, D. Juan Topete.

Ultramar, D. Manuel Becerra.

La candidatura que da *La Epoca* se halla conforme con la anterior. Mas como todas las combinaciones ministeriales que surgen en la actual crisis política van forzosamente acompañadas de algún pero, añade *La Correspondencia* a la que presenta como probable, el de que el Sr. Becerra no acepta la cartera de Ultramar, y en otro lugar asegura que, al parecer, el Sr. Figuerola seguirá en Hacienda por lo menos hasta que se voten los presupuestos.

La Política no da a entender que se halle resuelto todavía el gran problema de las carteras, aunque por ahora en camino para ello. Limitase anoche el diario unionista a decir lo siguiente:

«Esta mañana ha vuelto de Avila el Sr. Silvela. Se cree que ha sido llamado para ofrecerle un puesto en el ministerio. Su nombre y el del señor Herrera son los que parece tienen más probabilidades de figurar en la combinación, así como los de los Sres. Martos y Becerra; pero todavía nada hay resuelto.»

Vuelven los rumores de traslación del general Nouvilas, rumores a que los republicanos no dan crédito, y con razón, pues debe creerse imaginario todo lo que se ha referido sobre la actitud de dicho general, cuando él permanece en su puesto y el Gobierno le sostiene en él.

El correspondal del *Times* escribe a este periódico desde Bayona con fecha del 1.º del actual, lo que sigue:

«He visto con mis propios ojos que en el casino de San Sebastian se había establecido una mesa para jugar al treinta y cuatro, a fin de que sirviera de pasatiempo a los forasteros que irán dentro de poco a tomar los baños en esta ciudad encantadora. El casino se ha abierto en la misma casa que la ex-reina Isabel ocupó el año pasado hasta el día que cruzó la frontera.»

Además del asesinato de un Sacerdote en un pueblo de la provincia de Leon, de que tienen noticia nuestros lectores, anuncia otro *La Correspondencia* de anoche, cometido en el Párroco del Predo; según dicen por venganzas personales. Vemos que estos atrocidades atentados se van repitiendo, pero no que ningún periódico revolucionario levante la voz para condenarlos como se merecen, y pedir el pronto castigo de los criminales. Lejos de esto, ya se ha visto el comentario que alguno de ellos hizo del atentado de que ha sido víctima el Sacerdote de la provincia de Leon. Conviene consignarlo así, por más que no nos maraville semejante conducta.

La proposición del Sr. Muñoz Bueno y otros diputados para que haya dos sesiones diarias tan pronto como empiece la discusión de los presupuestos, fija que las horas sean de doce a siete para los presupuestos, y de nueve a doce de la noche para los demás asuntos, sin escluir los días festivos.

A consecuencia de consulta formulada por las provincias de Barcelona y Tarragona sobre entrega de quintos, se ha dispuesto por el Poder ejecutivo que las diputaciones y ayuntamientos queden

obligados a cubrir las plazas de los mozos voluntarios que presenten para llenar cupo, si desertaren dentro del primer año contando desde el día en que fueron admitidos en caja.

Ayer recibimos el correo de Manila con noticias que alcanzan al 23 de Abril, en cuya fecha no ocurría novedad en aquel archipiélago.

—El Gobierno supremo había aprobado el planteamiento de la Guardia civil en varias provincias de aquel archipiélago desde 1.º de Noviembre.

De Cartagena escriben a *La Epoca* que todas las clases dependientes del arsenal habían sido citadas el domingo para jurar la Constitución, y aunque se les ofreció pagarles medio jornal, en el acto de empezar a jurar principiaron a marcharse los operarios al grito de ¡viva la república federal! y dando este mismo grito estuvieron algunas horas recorriendo la ciudad, pero sin promover desórdenes.

El Gaulois dice que la tentativa hecha por el señor Olózaga, valiéndose como mediador del señor Montemar, para ofrecer la corona de España al duque de Génova, ha fracasado.

Tenemos noticias de Lima que alcanzan al 13 de Mayo. Había llegado a aquella ciudad uno que se decía plenipotenciario de los insurgentes de Cuba, D. Ambrosio Valiente, que iba en busca de dinero y de simpatías, pero aunque encontrara lo segundo, no parecía probable lo primero.

Parece que esta tarde a las cinco se hará la jura de la Constitución por las fuerzas militares de este distrito, en la misma forma que estaba anunciada para el domingo.

De *La Correspondencia* de anoche tomamos las siguientes noticias:

«Mañana están citados a una reunión en el centro proteccionista de Madrid varios diputados de estas ideas, entre ellos los Sres. Madoz, Figueras, Balaguer, Pi, general Elorza y otros, con las comisiones proteccionistas llegadas de varias provincias.»

«Han llegado a esta villa comisiones de proteccionistas de Aragón, Valencia, Cataluña, Valladolid y Cuenca. Cuando se trate la cuestión en el Congreso, defenderán el sistema protector, entre otros, los Sres. Figueras, Pi y Salvani.

«Asegúrase en algunos círculos de Bilbao que los secuaces de doña Isabel buscan alguna persona que quiera ponerse al frente de un periódico que se publicará desde 1.º de Julio próximo, con el título de *La Dinastía*.

«Se ha concedido un mes de licencia al mariscal de campo D. Fernando del Pino y Villamil.

«La jura del regente se hará con toda pompa. Irá a buscarle una comisión de las Cortes y entrará en el palacio del Congreso por la puerta principal, precedido de maceros y de altos dignatarios del Estado.

«Ha sido aprobada por el ministerio de la Guerra la clausura del hospital militar de Aranjuez.»

CORREO DE HOY.

Segun vemos en *La Bandera Española* de Valladolid, los jóvenes de la Congregación de San Luis Gonzaga de aquella capital, desosos de protestar por todos los medios contra la incredulidad y la indiferencia religiosa, han tenido la buena idea de componer una *Corona pética* que han dedicado al Eminentísimo y reverendo Prelado de aquella diócesis.

En *La Voz del País* de Orense leemos lo que sigue:

«Dioses que el ayuntamiento republicano de esta ciudad, que no asistió a la promulgación de la Constitución, ha presentado su dimisión. Cuéntase que en motivo de dicha ceremonia ha estallado un conflicto más ó menos grave, entre otra corporación popular y la autoridad.

Refiérese, por último, que van a ser desarmados los voluntarios de la libertad que tampoco concurrieron al acto referido.

Todo ha de ser obra de la *mano oculta*. Está visto que los picaros reaccionarios no pierden el tiempo.»

El Centro Popular de Valencia atribuye la agitación que estos días reina en Ruzafa a que el domingo debió celebrarse el sorteo para la quinta.

Leemos en el *Euscalduna* de Bilbao:

«Hay empeño en propagar la noticia de que el Clero de Bilbao se ha arrepentido de formular la protesta que publicamos en nuestro número del martes último.

Nada más inexacto que semejante invención. Estamos autorizados para desmentirla.

El Clero de Bilbao cumple un deber de conciencia con la publicación de la manifestación que nos ocupa, y del cumplimiento de esa clase de deberes jamás se arrepiente un corazón verdaderamente católico.»

ULTIMA HORA.

CORTES.

El ministro de Hacienda leyó un proyecto de ley referente al contrabando y otro sobre la aplicación del crédito con destino a la Guardia rural.

El Sr. Capdepon apoyó una proposición pidiendo reformas y economías en varios ramos.

El ministro de Hacienda le contestó diciendo que las reformas que quería eran unas inconvenientes y otras censurables.

Rectificaron estos señores y se empezaba a votar nominalmente cuando salimos de la tribuna.

TELEGRAMAS.

(De la Agencia Fabra).

PARIS, 16.—El periódico el «*Constitutionnel*» dice en su número de hoy, que el Gobierno ha mandado abrir un informe minucioso sobre los últimos acontecimientos de que han sido teatro París y otras ciudades de Francia.

FLORENCIA, 15 (por la noche).—El diputado Luca ha presentado el dictamen de la comisión encargada del examen de los tres convenios financieros del ministro Cambrai Digny, y conforme con la opinión manifestada por la gran mayoría de las sesiones, la comisión propone a la Cámara el rechazar dichos convenios (1).

(1) Faltan otros partes de anoche, y los últimos, llegados ya con retraso, han permanecido dos horas en la administración del telégrafo.

